

LA REPLICA DE ESTADOS UNIDOS

la Argentina. No se sabe qué va a pasar", admitió ayer a Clarín, inquieto, el influente Roberto Alemann.

Por eso, en las últimas horas los hombres de negocios enviaron mensajes claros al Gobierno: quieren que Fernando de la Rúa de señales precisas de que acompañará activamente a los EE.UU. en su lucha contra el terrorismo internacional.

En la Asociación de Bancos Argentinos sostienen que este nuevo escenario sería una oportunidad para la Argentina. "Un alineamiento total con Washington nos abriría fuertes oportunidades en medio de la crisis", dijo en privado Norberto Peruzzotti, una visión que comparte con la mayoría el mundo financiero.

El ex secretario de Hacienda Manuel Solanet mira las cosas desde otro costado: "La administración Bush no creía en programas de salvataje financieros. Al final le tendió la mano a la Argentina para evitar su caída. Ahora van a estar muy atentos a la posición que adopte el Gobierno", advirtió a Clarín. "Si la Casa Rosada no tiene una actitud solidaria, el Tesoro estadounidense le va a pasar una cuenta muy grande", agregó. En otras palabras, el establishment propone que la Argentina integre fuerzas militares para combatir al terrorismo como lo hizo hace una década Carlos Menem. Una decisión que abriría una fuerte polémica y tendría un alto costo en

♦♦♦

Hasta los más optimistas saben que el panorama económico será muy complejo

la administración de Fernando de la Rúa. El Presidente eludió hasta ahora una definición sobre el tema. Raúl Alfonsín, el líder radical, ya se opuso públicamente a participar en un eventual conflicto bélico. Hay un punto cierto: la decisión menemista de 1991 no evitó ni el endeudamiento ni el achique ni la pobreza que afectaron a la economía local.

Pero la crudeza con la cual exponen sus posiciones los hombres de negocios anticipa, en realidad, la actitud que tendrá la administración Bush. No existen dudas entre los banqueros que después de los atentados van a predominar las opiniones del ala más ortodoxa y dura de la Casa Blanca. En materia económica eso implica una cosa: que tomarán nuevo protagonismo los funcionarios que no querían ayudar a la Argentina y propiciaron que sincerara sus variables económicas. Se trata de quienes querían un "default ordenado".

El ex canceller Dante Caputo lo explicó en un encuentro reservado que compartió con varios industriales. "El ala dura de los republicanos tomará el control de la situación y eso repercutirá en la relación con Argentina".

La cuestión se trató en una reunión extraordinaria del Frente Productivo. Allí coincidieron en utilizar el nuevo marco internacional para replantear la propuesta económica de la Argentina. Eduardo Baglietto fue contundente: "Hay que apoyar medidas de reactivación del mercado interno y de incentivo a empresas locales".

La ecuación es simple: frente a un mundo convulsionado y en recesión, el plan económico debe reorientarse a activar el mercado interno.

No le temen a la heterodoxia y ponen como ejemplo al propio mundo capitalista. En estas jornadas dio una lección a los ultra ortodoxos de la Argentina: la Fed y el Banco Europeo inundaron de liquidez el sistema bancario para evitar que, al horror de los atentados, se agregara el pánico de un crack financiero internacional.

Copyright Clarín, 2001.

TRIBUNA ABIERTA

La modernidad y la democracia, a prueba

El ataque masivo a los Estados Unidos insta a proteger los valores de Occidente, pero también a revisar sus políticas dogmáticas e intransigentes

RAÚL ALFONSÍN
Ex presidente de la Nación



Entre los interrogantes e incógnitas que siguen aflorando entre los escombros, las vidas perdidas y tanto dolor y consternación por el acto de barbarie incommensurable ocurrido en los Estados Unidos, cabe en este instante una reflexión necesaria sobre lo que verdaderamente está en juego de aquí en más, no solamente en el escenario de la política internacional sino también para el futuro de nuestra civilización.

Porque los ataques terroristas perpetrados contra emblemas del poder mundial fueron también un golpe estado en el plexo de principios y valores compartidos mucho más allá de las esferas de dominio de los Estados Unidos y mucho más adentro de lo que ese poder significa desde el punto de vista económico, político y militar.

Debemos saber distinguir, por ello, entre nuestras diferencias con la política que llevan adelante los gobiernos norteamericanos y nuestro compromiso con los valores y principios que debemos saber defender y hacer que prevalezcan en la comunidad internacional.

Bastante se ha analizado en estos días, todavía por cierto, bajo los efectos de la conmoción y el estupor, acerca de tres escasas certezas en medio de tanta confusión.

La primera es que ha quedado al desnudo, en un instante, la extrema vulnerabilidad de lo que, se suponía, eran fortalezas inexpugnables y expresiones mayores de la principal potencia mundial.

La segunda es el carácter anónimo o inverosímil de los responsables de la tragedia.

La tercera, es la dificultad en asimilar la indefensión frente a la imprevisibilidad de la locura.

De inmediato, surge entonces la pregunta: cómo defenderse, cómo reaccionar, dónde buscar al enemigo, y cómo evitar que lo que ha ocurrido se transforme en un terrible presagio del mundo en el que habremos de vivir en este nuevo milenio.

En nuestras convicciones más profundas y también en lo mejor de nuestras tradiciones políticas podemos encontrar algunas respuestas y algunas certidumbres a estos interrogantes.

Pertenece a Occidente porque formamos parte de un tipo particular de civilización que tiene como valores centrales el respeto por la dignidad humana, la tolerancia frente a la diversidad, la libertad de opiniones y el reconocimiento de los diferentes credos, la igualdad en el goce de los derechos ci-



viles y sociales. Al reivindicar nuestro sentimiento de pertenencia a Occidente, al adherir a sus valores constitutivos, no hacemos otra cosa que asumir como propia, con decisión pero también con tolerancia, una forma particular de enfrentar los desafíos de un presente caracterizado por vientos de crisis y de mutación histórica. Esa opción no puede ser impuesta de manera violenta con espíritu de cruzada, porque negaría aquello mismo que la fundamenta. Pero puede ser justificada racional y éticamente y defendida con las armas de la legitimidad y el compromiso internacional.

Una sociedad proteja

En efecto, es en Occidente donde surgió una sociedad susceptible de examinar y poner en tela de juicio sus propias instituciones —aun las que parecían más intoca-

♦♦♦

Existen enemigos de estos principios, pero no pueden ser asimilables a un pueblo

bles y sagradas— y de discutir lo bien o mal fundado de sus decisiones. En Occidente nació una sociedad capaz de juzgarse, acusarse y transformarse a sí misma; porque también fue de su seno donde, además de los más impresionantes avances tecnológicos, sociales y políticos, salieron y se desarrollaron formas particularmente inhumanas de explotación económica y de crueldad genocida. Asimismo, ha sido en Occidente donde, por vez primera, la crítica de las instituciones establecidas fue llevando paulatinamente al reconocimiento de la igualdad de derechos de todas las culturas.

Es por eso que, así entendida, la civilización de Occidente no puede ya desde hace mucho ser considerada como una entidad geográfica o geopolítica cerrada o distintiva de unos pueblos respecto de otros. Esos valores se difundieron por el mundo y buena parte de lo que es hoy Oriente, como también obviamente nuestra América latina, junto con millones de seres que en

todo el planeta aspiran a un reconocimiento y una vida más digna, pertenecen de alguna manera a ese conjunto de valores que podemos y debemos compartir, por encima de las diferencias étnicas, religiosas y culturales.

Porque si Occidente no es una región del mamamundi ni tan solo una coalición de países poderosos, tampoco puede ser entendido ya como un dato congelado, un hito estático e incommovible. Es un proceso abierto, una construcción social y cultural en la que ciertos principios civilizatorios se han ido elaborando —y se seguirán perfeccionando— a través de una larga práctica colectiva.

Existen enemigos, por cierto, de estos principios y valores, pero ellos no pueden ser asimilables a un pueblo, a un conjunto de países con intereses encontrados, a una religión o a un grupo de sectas de peligrosos fanáticos. El mundo ha visto proliferar distintas clases de fundamentalismo y amoralismo capaces de provocar un inmenso daño y los últimos diez años de capitalismo y desestatización desenfundados y una globalización insolidaria han incubado pliegues de tenebrosas redes criminales. Es, por ello, hacia dentro y no sólo hacia fuera donde es preciso mirar para entender cómo ha podido ocurrir aquello que resultaba impensable.

El ataque terrorista tuvo el efecto de someter a la cultura de la modernidad, la civilización occidental y la lucha por la democracia a una encrucijada vital, tal como ocurrió en la década del 30 del siglo pasado, frente al desafío nazifascista. Pero no enfrentamos en este caso a un contendiente con entidad y alcances aún discernibles, ni tenemos un ejército o países "enemigos" en quienes descargar y concentrar el objetivo de la batalla.

Es cierto que se trata de una batalla global. Pero ella se librará también en nuestra capacidad para modificar las conductas y políticas de intransigencia, dogmatismo y soberbia que han contribuido en mucho a generar el tipo de injusticias, conflictos y laceraciones que vienen padeciendo muchas regiones del planeta, y también, ahora, el corazón del mundo desarrollado. □